

# Escudo de Roble

Por Sergio Mars

—Mañana a estas horas nuestros ojos contemplarán en las profundidades del Kheled-zâram las mismas estrellas que dieron la bienvenida a Durin el Inmortal cuando, recién despierto, sus pies lo condujeron por vez primera a Azanulbizar.

Como obstinado en no alzar la vista hacia esos mismos astros cuyo reflejo anhelaba, Thráin mantuvo en todo momento la vista clavada en la hoguera en torno a la cual conferenciaban los líderes del Pueblo y los capitanes de los pueblos hermanos. Seis años de guerra los habían endurecido. Habían tallado en sus rostros la determinación de la venganza y habían encallecido unas manos que habían trocado el cincel del artesano por el hacha del guerrero.

En pie, dos pasos por detrás del heredero de Durin, Thorin, el mayor de sus hijos, contemplaba también las llamas, aunque por mucho que intentara emular la seguridad de sus mayores, no podía dejar de sentir una inquietud que no experimentaba desde las primeras escaramuzas de la contienda, cuando había experimentado su bautismo de sangre.

Al grito de «¡Azog!», habían atacado y saqueado, una a una, todas las fortalezas de los orcos que pudieron encontrar entre Gundabad y los Gladios, y toda aquella muerte y destrucción no había bastado para extinguir el fuego que ardía en sus corazones desde la profanación sufrida por Thrór, su abuelo. Era un incendio que no se extinguiría sino con la vida del orco que había grabado a cuchillo su nombre en la frente de todos y cada uno de los integrantes del Pueblo de Durin.

—No solo las estrellas en las aguas del Kheled-zâram —comentó Fundin, primo de Thráin y uno de sus lugartenientes de más confianza—. Mis ojos ansían contemplar las moradas de mis ancestros. Es una ignominia para nuestra raza que la antigua gloria de Khazad-dûm haya sido profanada por los orcos.

A sus espaldas, las pupilas oscuras de Balin, su hijo, chispearon de entusiasmo, aunque con un esfuerzo de voluntad mantuvo impertérrito su joven rostro, apenas barbado. No mucho antes había confiado a su pariente Thorin el sueño, evidentemente compartido por su padre, de hollar de nuevo los viejos salones y reabrir las antiguas minas que tanta prosperidad les habían procurado antaño. Thorin, empero, no las tenía todas consigo al respecto, y al parecer no era el único que albergaba dudas sobre la capacidad de los enanos para abordar en el momento presente tamaña empresa.

—Si Azog permanece oculto en el interior de Khazad-dûm, difícilmente podremos sacarlo a la luz —afirmó Sudri, un anciano barbicano, que en reconocimiento a sus muchos años y extensa experiencia se había convertido en una suerte de portavoz del contingente de los Seis Pueblos, con una ascendencia sobre el ejército enano cercana incluso a la del propio Thráin.

—No ha habido hasta ahora asentamiento orco que haya podido resistírsenos —afirmó Thráin con semblante claramente molesto, aunque ni siquiera Thorin, que lo conocía bien, hubiera podido precisar si ese sentimiento se fundamentaba en un desacuerdo para con la prudencia de Sudri o ante la mera insinuación de que el odiado Azog pudiera finalmente escapárseles.

—Con demasiada facilidad han caído los últimos —intervino Nírad, el hijo menor de Nali, el antiguo capitán de la guardia de Erebor, que había muerto junto con sus otros dos vástagos enfrentándose a Smaug, para proporcionarles a los demás una oportunidad de huir.

—¿Qué insinúas, Nírad? —le preguntó Balin.

Pese a su juventud, y quizás por el anhelo de mostrarse digno heredero de Nali, Nírad se había destacado en la guerra contra los orcos, y sus opiniones eran recibidas con respeto en los consejos de guerra. Thorin, que era de su misma generación, lo contemplaba con envidia apenas disimulada. A él también le hubiera gustado destacarse en la contienda, y obtener así quizás un sobrenombre que lucir con orgullo, pero resultaba difícil descollar bajo la sombra imponente de Thráin, y menos cuando no se le permitía tomar ningún tipo de iniciativa.

—La resistencia en los últimos puestos defensivos ha sido poco menos que simbólica —respondió Nírad—. Lo he estado pensando, y creo que desde hace meses nos han estado conduciendo hacia aquí, a las puertas del valle de Azanulbizar. De un modo u otro, siento que todo terminará pronto.

—Aquí es donde queríamos llegar de todas formas —replicó con cierto desdén Fundin—. Si Azog quiere plantarnos cara en el valle de nuestros ancestros, que lance contra nuestras huestes lo mejor de que disponga, ¡porque en ningún lugar es más fuerte el árbol que cerca de sus raíces!

Alrededor del círculo se alzaron numerosos asentimientos vigorosos, y resonó cual eco más de una exclamación de desafío, aunque Thorin, lo bastante lejos de la hoguera como para que sus llamas no lo cegaran, pudo constatar que quienes así reaccionaban eran casi todos miembros del Pueblo. Entre el resto, predominaban los gestos reflexivos, cuando no alguna mueca velada de contrariedad.

Les habían exigido mucho a sus hermanos, y el prestigio de la Casa de Durin había recibido últimamente demasiados golpes, expulsados primero de su hogar ancestral bajo las Montañas Nubladas y luego, para mayor escarnio, del reino en el exilio de Erebor. Se habían convertido en ese pariente venido a menos que acude a tu

puerta de noche, a importunarte con sus necesidades, sin haber renunciado a los modales orgullosos de tiempos más prósperos. La muerte de Thrór había servido de catalizador para una reunión de los hijos de Mahal como no se había visto en toda una Edad, pero en las hogueras más periféricas alguien con los oídos atentos, y bajo la capa del anonimato que tanto le pesaba en otras circunstancias, podía escuchar cómo se cuestionaban las razones que pudieron arrastrar al viejo líder a prender involuntariamente, por algún capricho ignoto, el fuego de una guerra que se había extendido sin control, sin que se le vislumbrara un claro final.

Las mismas adversidades que habían endurecido el corazón de Thráin, sin embargo, lo habían hecho también sensible al fluir de aquellas corrientes, a menudo encontradas, de anhelos, temores, pasiones e intereses, así que de entre todos los suyos fue quien mantuvo la cabeza más fría. Desde el principio, había sido su liderazgo lo que los había mantenido unidos a todos, y no estaba dispuesto a que la gran alianza se destejiera, y menos allí, en los umbrales del destino, casi a la vista del último agujero donde podía haberse escondido Azog.

—Hace nueve años que el Maldito profanó el cuerpo de mi padre —dijo en voz baja, aunque no tanto como para no alcanzar todos los puntos del círculo, imponiendo sobre los presentes un silencio respetuoso y expectante—. Hace seis que me seguís, sobre tierra y bajo tierra, en bosques, minas y fortalezas, limpiando los territorios en los que medró nuestra raza de esta plaga que la envilece. Si como dice Nírad el enemigo ha escogido el valle de Azanulbizar como lugar donde ofrecer su resistencia postrera, eso me place. No desearía otro escenario para limpiar con su sangre las ofensas que nos lleva infligiendo desde hace mucho.

»Thrór murió en Khazad-dûm, y en Khazad-dûm conjuraremos mañana de una vez por siempre la amenaza orca. Sí, Fundin, que el enemigo lance contra nosotros las

fuerzas de que disponga, porque nosotros seremos más fuertes, y para cuando el sol se hunda tras las montañas, tan solo prevalecerá un acero, ¡el nuestro!

Al pronunciar las últimas palabras alzó el hacha, que brilló rojiza a la luz menguante de una hoguera que nadie se había preocupado por alimentar desde hacía un buen rato. Sin añadir palabra, Sudri asintió y alzó él también su arma, y lo mismo hicieron Fudin y Nírad, y todos los otros, presentando a los cielos oscuros un círculo unido de filos hambrientos.

En cumplimiento de las órdenes que el propio Thráin le había confiado antes de la reunión, Thorin se acercó a su padre y le susurró al oído una única palabra, en voz tan baja que esta apenas logró escapar de la maraña de su barba:

—Náin.

Thráin se dio por enterado con un levísimo gesto de negación, tan sutil que seguramente pasó desapercibido para cualquiera que se encontrara a más de un par de pasos de ellos. Incluso Thorin llegó a dudar de si lo había percibido o solo se lo había imaginado. Aún titubeaba cuando el líder enano proclamó:

—Recojámonos ahora, que mañana nos aguarda un agotador día de matanza.

Dando ejemplo, Thráin se dio la vuelta y empezó a andar con decisión hacia su tienda. Tal y como había sido instruido a hacer, Thorin permaneció detrás, observando con atención, pero procurando no parecer demasiado interesado, quién se quedaba y quién se iba, y con quién lo hacía. Pronto, sin embargo, el círculo del consejo quedó desierto, sin que nada le indujera a sospechar alguna desavenencia seria entre las distintas facciones del ejército. Satisfecho por ese lado, Thorin terminó de extinguir las mortecinas llamas con tierra y reprodujo el camino de su padre hacia la tienda del comandante, donde sabía que, pese a sus palabras, iba a encontrarlo todavía despierto, repasando una y otra vez sobre el mapa la estrategia del día siguiente.

—Padre —anunció su llegada, al tiempo que trasponía la cortinilla que separaba, aunque fuera poco más que simbólicamente, las áreas pública y privada de la carpa.

Efectivamente, Thráin estaba en pie, inclinado sobre unos papeles dispuestos en la mesa de campaña. Ni siquiera se había despojado de su armadura. Como única concesión a la comodidad, solo los brazales reposaban en el suelo, allí donde el líder enano los había arrojado nada más llegar.

—Adelante, Thorin. Informa.

Prescindiendo de adornos retóricos, Thorin presentó su informe. No solo acerca de lo que había observado en el consejo, sino también sobre cualquier detalle significativo que hubiera llegado a su posesión. No había nada verdaderamente reseñable, así que concluyó pronto y se quedó callado, esperando alguna reacción por parte de Thráin. Como no llegaba, empero, su curiosidad acabó siendo más fuerte que su prudencia y preguntó:

—¿Por qué no has querido informar al consejo sobre la cercanía del contingente de las Colinas de Hierro?

Thráin no se dio por enterado de inmediato, sino que siguió contemplando ceñudo los mapas desperdigados sobre la mesa, alguno de ellos con cientos de años de antigüedad. Al cabo de un rato, sin embargo, habló, aunque sin llegar a dirigir siquiera la mirada hacia su hijo.

—Sudri y el resto se hubieran aferrado a eso para sugerir un nuevo retraso, y eso hubiera generado tensiones con los partidarios de atacar de inmediato. Necesitaba unanimidad, y si había que sacrificar recursos para ello, que así sea. ¿Cuándo estimas que estarán aquí?

—Según lo que me transmitió el mensajero de Dáin, calculo que se reunirán con nosotros con las primeras horas de pasado mañana.

—Demasiado tarde. La alianza, ahora que estamos tan cerca de la meta, empieza a resquebrajarse. Podemos contar con el auxilio incondicional de los Barbas de Fuego y los Nalgudos, pero del resto no estoy tan seguro. Si les damos un día extra para pensar en lo que nos espera en Azanulbizar, habrá desertiones. No me preocupan unos pocos enanos que se escabullan en la noche, pero si el descontento se generaliza, la unión de los siete clanes será historia, nos separaremos y Azog contraatacará y recuperará todo el territorio perdido y quizás más. Incluso si lográramos la victoria, unidos a nuestros hermanos de las Colinas de Hierro, esta tendría un sabor amargo, porque nunca volveríamos a confiar los unos en los otros.

—¿Tan grave ves la situación?

Thráin gruñó.

—Fundin tendría que haber mantenido la boca cerrada. Lo corté a tiempo, pero pronto empezarán a preguntarse si en realidad no estaremos librando esta guerra para recuperar Khazad-dûm para el linaje de Durin.

—¿Y lo hacemos? —preguntó Thorin muy bajito; tanto que al no recibir respuesta pudo autoconvencerse de que su padre no lo había oído; y en verdad actuaba como si no hubiera nadie más en la tienda, repasando con el dedo antiguas rutas y mascullando de tanto en tanto para sí cifras y nombres.

Thorin se dio entonces por despedido, y ya había comenzado a retirarse en dirección a la tienda que compartía con Balin y otros enanos notables de su generación cuando Thráin alzó los ojos de sus mapas y los clavó ceñudo en los de su hijo.

—¿Sigue con nosotros el mensajero de Dáin?

—Se le ha dado de comer y de beber, y lo dejé hace horas descansando de su larga caminata. Si ya se hubiera levantado, alguien me hubiera avisado, así que supongo que sigue durmiendo.

—Bien, despiértalo, hazle entrega de uno de nuestros ponis más veloces y mándalo de regreso con Náin y los suyos, portando el ruego de que se apresuren lo más posible. Pronto saldrá la luna y eso debería bastarle para iluminar el camino.

—Como desees, padre. Haré que lo acompañe uno de nuestros exploradores, que conoce bien la región, para asegurarnos de que no sufre ningún percance.

—Hazlo —fue la lacónica respuesta de Thráin, que al punto dejó de prestarle atención, como si ya lo hubiera dejado solo.

Thorin empezó a moverse hacia la salida, pero antes de llegar a la cortinilla se detuvo, luchó unos breves instantes consigo mismo y finalmente se volvió hacia su progenitor y comandante.

—Padre, mañana en la batalla, ¿me concederás por fin la responsabilidad que ansío?

Thráin le prestó por fin toda su atención.

—Me gustan los enanos ambiciosos, Thorin, pero aunque ya te has probado en la batalla, aún eres demasiado joven. No puedo ponerte al frente de guerreros más veteranos solo por ser mi hijo. Además, te necesito a mi lado como asistente. Ya habrá otras guerras donde puedas cincelararte un nombre y una reputación.

Thorin se mordió la lengua. Ambos sabían que si tenían éxito pasarían muchos años, muchas décadas incluso, antes de que ninguna otra fuerza pudiera representar una amenaza equivalente. Azanulbizar sería su última oportunidad de destacarse, y difícilmente lo lograría a la sombra del rey y su séquito. No había, sin embargo, nada que hacer ante la oposición Thráin, así que se tragó su orgullo, agachó la cabeza y partió a cumplir las instrucciones que acababa de recibir.

El día siguiente amaneció gris y frío. El Zirak-Zigil hacía sobrado honor a su nombre, pues no solo la punta lucía plateada, sino que la nieve descendía ya hasta un

tercio de su altura, haciendo presagiar que el invierno que comenzaba iba a ser duro y cruel. Thráin dispuso a sus tropas en orden de batalla, situando a los guerreros de la Casa de Durin en la punta de lanza, apoyados en los flancos por el resto de casas. Se había preocupado, eso sí, por cortar sutilmente la retirada a aquellos grupos lealtad más cuestionable, bien fuera mediante accidentes del terreno o con contingentes de aliados bien probados.

Desde las puertas de Khazad-dûm se disfrutaba de una panorámica completa del valle, así que no tenía sentido tratar de avanzar a cubierto. En vez de ello, había dispuesto que formaran todos en falanges apretadas, acompañados por el sonido de trompetas y tambores y precedidos por los emblemas mayores de las siete casas y decenas de enseñas menores, representando cada uno de los enclaves enanos que había aportado brazos al ejército. Quien sintiera flaquear su valor luchando por el honor de Thrór, había cavilado Thráin, no se mostraría igualmente ansioso de cubrir de oprobio a los suyos.

Con lo que no había contado era con el tamaño del ejército que se les enfrentaba. Nírad había estado en lo cierto. Los enfrentamientos de los últimos meses habían sido movimientos de distracción. Parecía evidente que los habían retrasado, enmarañándolos en ciento y una refriegas sin importancia mientras el grueso de las tropas orcas se iban congregando allí mismo, en el valle de Durin.

A un lado y otro, las laderas bullían de actividad. El enemigo no se disponía en ningún tipo de formación discernible, sino que los orcos se limitaban a agolparse allí donde la orografía lo permitía, conformando sobre la roca un tapiz viviente que confundía la vista y encogía el corazón.

Paso a paso, los enanos fueron adentrándose en Azanulbizar, dejando a mano diestra el cauce espumoso del Kibil-nâla como defensa natural contra las patrullas de

orcos montados en huargos que descendían del Bundushathûr. Thorin marchaba un par de filas por detrás de Thráin y el resto de capitanes de la hueste de Durin, entre su hermano menor Frerin y Balin, cuyo padre caminaba a la diestra del rey, haciendo girar con impaciencia la cabeza de un temible martillo de guerra que descansaba sobre su hombro.

Lo que más lo enervaba no era la presencia de los orcos, sino su silencio. La experiencia de los últimos años le había enseñado que constituían un ejército tan indisciplinado como violento y que solían lanzarse al ataque entre aullidos en grupos dispersos, confiando en el ímpetu y la fuerza de sus brazos para quebrar la formación escudada de los enanos. Estos trasgos, sin embargo, no hacían mucho aparte de dar de vez en cuando saltos sobre su posición y frotar entre sí o con las rocas las hojas de sus armas, produciendo un chirrido estridente que, replicado mil veces diez a lo largo y ancho de las laderas y otras mil veces cien por los ecos que reverberaban en los picachos distantes, creaba un zumbido horrisono, como si estuvieran marchando al encuentro de un monstruoso insecto metálico.

Cuando los enanos alcanzaron a ver las puertas de sus antiguas mansiones sobre la ladera de la montaña, lanzaron un gran grito que resonó como un trueno en el valle, imponiéndose incluso por unos instantes al tétrico zumbido. Como en respuesta, las grandes puertas de Khazad-dûm empezaron a abrirse en medio de un rechinar pétreo y de la oscuridad comenzaron a salir hilera tras hilera de orcos especialmente grandes y bien equipados, exhibiendo espadas negras, escudos bastos de cuero tachonado y corazas construidas a partir de piezas mal ensambladas de armaduras enanas, que se dispusieron en formación, abarcando de lado a lado toda la explanada de acceso a la ciudad.

Fundin, en su puesto de honor, montó en cólera al ser testigo de esa nueva provocación. Alzó su arma con ambas manos y se lanzó adelante entre gritos, sin esperar a la orden de ataque y de forma tan súbita que para cuando Thráin hizo ademán de detenerlo ya se había puesto fuera de su alcance. De igual modo, a todo lo largo de la fila, otros capitanes empezaron a imitarlo, algunos animados por un sentimiento de ultraje similar, los más, sin embargo, actuando sin pensar, presas de la tensión del momento.

Un ataque frontal no había entrado en ninguno los planes cuidadosamente trazados por Thráin la víspera, pero si no quería perder por completo la ventaja de la formación tenía que reaccionar rápido, así que alzó su hacha y su voz en desafío:

—¡Azog! —gritó.

—¡Azog! —coreó todo el pueblo de Durin, lanzándose a la carga.

El encontronazo entre ambas líneas fue estremecedor. En un primer instante, los martillos de guerra y las hachas se cobraron un tributo sangriento, pero la acometida pronto perdió impulso y orcos y enanos acabaron trabados tras dos muros de escudos enfrentados. Las extremidades de los orcos tenían mayor alcance y sus armas eran más adecuadas para la tarea, pero los enanos estaban mejor protegidos y ofrecían un blanco más difícil, así que todo quedaba reducido a un enfrentamiento de fuerza, donde los de las filas posteriores empujaban con sus escudos contra las espaldas de sus compañeros más adelantados, intentando quebrar la línea enemiga.

Era un choque que se había replicado una y otra vez en muchas galerías oscuras y en una infinidad de pasillos angostos, y donde los enanos solían contar con la ventaja de unas piernas cortas y robustas, que les conferían una firmeza casi inquebrantable. Allí, sin embargo, la pendiente, aun siendo ligera, favorecía a los orcos, y la carga había

sido tan repentina que los enanos no habían tenido oportunidad de estructurar bien sus filas, de modo que había puntos en los que el muro de escudos era más débil.

Thorin empujó y empujó, con los dientes rechinando por el esfuerzo y el sudor goteando desde su frente pese a la gelidez del día. Era el sostén de su padre. Si fallaba, le fallaba a él. Ajustó un poco su posición, bajó un hombro, asentó la pierna opuesta en el suelo y empujó; empujó hasta que no pudo más, y entonces se imaginó a sí mismo como una roca, atrapada en el corazón de una montaña, bajo una legua sólida de presión y oscuridad, inmóvil e inamovible.

El resultado final, sin embargo, era inevitable. El muro de escudos de los enanos se quebró por los puntos débiles, y una corriente de orcos sedientos de muerte se filtró por las brechas. La carga devino así en una retirada dificultosa, donde por cada paso atrás hacía falta liberar antes presión con el hacha, y donde en cualquier momento podías recibir un pinchazo por el flanco descubierto.

En un momento dado, Thorin notó que la presión por su diestra se aflojaba, y echando un rápido vistazo alcanzó a ver cómo Frerin se desplomaba escupiendo sangre. Intentó frenar, acercarse a él para auxiliarlo, pero la marea de la contienda lo arrastró, las aguas de carne y acero se cerraron a su alrededor y pronto ya no supo hacia dónde tenía que ir. Solo podía dejarse arrastrar, pisando con cuidado para no trastabillar en la alfombra de cuerpos lacerados, algunos de orcos, otros de enanos, que alfombraba el valle.

De tal modo, el pueblo de Durin fue empujado hasta un bosquecillo de robles que crecía en los márgenes del Kheled-zâram. Para entonces el valle se había ensanchado considerablemente, el enemigo ya no podía presentar un frente compacto y la contienda había evolucionado hacia una serie de combates dispersos, a veces entre

dos guerreros, pero más a menudo entre grupos de contendientes que se abalanzaban los unos contra los otros con ferocidad hervida a fuego lento durante seis sangrientos años.

En algún momento de la retirada, Thorin había perdido su escudo. Había quedado atrapado entre dos cuerpos, habían tirado de él en una dirección y del escudo en otra y los remaches de las enarmas no habían resistido la presión. Asíó pues el hacha a dos manos y se aprestó a defenderse. Con dos tajos, desarboló primero la defensa de un orco y lo destripó después, aprovechando un resquicio mal ensamblado en su armadura. A continuación, entabló un duelo con otro orco, más cuidadoso que el primero, al que finalmente logró herir en un tobillo, aunque él mismo se había visto varias veces en serios apuros y solo la resistencia de la malla que protegía sus articulaciones lo había salvado de ser herido.

Cuando se aprestaba para rematar a su enemigo, que aun postrado representaba un peligro. El hacha de un compañero irrumpió por sorpresa, casi cercenándole la cabeza al orco. Thorin se permitió entonces mirar más allá y contempló a Balin, cubierto de sangre de los pies a la cabeza, aunque parecía ser sobre todo el icor oscuro que circulaba por las venas de los orcos.

—¿Sabes cuál es la situación? ¿Has visto al rey? —le preguntó, aprovechando la breve tregua que habían ganado en medio de la refriega.

—Iba a preguntarte lo mismo. Venga, busquemos a nuestros padres.

—Espera un momento —solicitó Thorin.

El enano miró alrededor, atento tanto a la presencia de enemigos como a los indicios que pudieran indicarle dónde se encontraba Thráin, pero buscando sobre todo un escudo con el que protegerse. Los de los orcos no le servían. A aquellas alturas de la contienda eran poco más que ruinas, tan apenas mantenidas de una pieza por hilachas de cuero.

Se fijó entonces en el tronco retorcido de un viejo roble, herido casi de muerte por un rayo algunos años atrás. Una mitad del árbol seguía siendo verde y frondosa, la otra, la que apuntaba hacia Khazad-dûm, consistía tan solo en un par de ramas gruesas, con la superficie semicarbonizada pero un núcleo todavía vivo, a juzgar por las hojas que se esforzaban por brotar en su superficie. Esa visión le trajo a la mente Erebor, su antiguo hogar, y el modo en que el pueblo de Durin seguía y seguiría perdurando, pese a Smaug, pese al Daño de Durin, pese a los entrometidos reyes elfos.

Dominado por un impulso se acercó al roble, enarboló su hacha y la descargó contra la más gruesa de las ramas endurecidas por el fuego celeste, cercenando su extremo. A continuación descargó varios golpes con todas sus fuerzas contra la base de la rama, hasta que logró separarla del tronco, obteniendo así una clava de un poco más de codo y medio de longitud, ancha y pesada en la punta, aunque con una empuñadura lo bastante estrecha como para poder manejarla a una mano.

—Listo, Balin. Encontramos a nuestros padres.

Así, hombro con hombro, se lanzaron a la lucha, alcanzando tal grado de compenetración que los orcos empezaron a evitar a ese extraño dúo que golpeaba con hachas, con porra y con contera y que se protegía con hierro, acero y madera. Aun más, estimulados por su ejemplo, los enanos frenaron su retirada y contraatacaron. El bosquecillo de robles, con sus troncos enhiestos, sus copas entrelazadas y sus claros umbrosos, semejava uno de sus salones subterráneos, y en sitios así, en los espacios cerrados, era donde mejor podían explotar los enanos sus cualidades marciales.

La marea, poco a poco, cambió de sentido. A la pareja de jóvenes guerreros pronto se les unió otro combatiente, y luego otro más, y así, a partir de esa semilla, lo que amenazaba con devenir en desbanda resucitó como un ejército coordinado, que devolvía golpe por golpe y se protegía mutuamente las espaldas; y en vanguardia de este

ejército, Thorin, furibundo, infatigable, usando indistintamente la tranca de roble o el hacha de batalla para desviar las estocadas enemigas o para golpear, sajando, aplastando, abriendo una brecha que el resto de la hueste agrandaba entonando la canción del acero, mucho más dulce en esos momentos a sus oídos que incluso la canción del oro; porque en el fondo de su corazón cada enano sabía que justo para lo que estaban haciendo, para erradicar el mal de Arda, Mahal los había modelado a partir de tierra y piedra y les había concedido el don de la vigilia.

En aquel momento, sin embargo, Thorin no era consciente de haberse transformado en el líder que ingenua y un tanto erradamente había ansiado ser. Su preocupación por la suerte de Thráin no hacía más que ir en aumento, a medida que recorría el bosquecillo sin hallar indicio alguno de su presencia. La imagen de Frerin derrumbándose escupiendo sangre lo acosaba, llenando su mente de negros presagios para con su padre, que al menos tenían la virtud de mantener a raya el dolor por la segura muerte de su hermano.

A la postre, sin embargo, divisó entre los árboles un nutrido contingente de orcos que acosaban a un blanco invisible en su centro. Lanzó un rugido y cargó hacia allí, con Balin apenas un par de pasos por detrás y el resto demorándose un poco para terminar de limpiar de enemigos el terreno que dejaban a sus talones. Hacha y clava se abrieron paso violentamente por entre las desprevenidas filas orcas y ¡sí! allí estaba Thráin, formando espalda con espalda con un reducido grupo de leales. No había uno que se librara de heridas, y el propio rey exhibía un feo tajo en el muslo y tenía media barba teñida de rojo a resultas de un reguero de sangre que había brotado de su arruinado ojo izquierdo, pero aun así se mantenían orgullosos y desafiantes, como si en realidad estuvieran siendo ellos los que iban imponiéndose a los orcos.

Pese a la llegada inopinada de los dos jóvenes, la situación seguía siendo crítica. Los trasgos aún los superaban en una proporción de casi tres a uno, y solo el momentáneo desconcierto provocado por la irrupción de Thorin y Balin los contuvo el tiempo suficiente para que el resto de la hueste enana los alcanzara, barriéndolos sin problemas. Dos de los capitanes, entre ellos el valeroso Nírad, cayeron allí mismo, defendiendo al rey, e incluso Thorin recibió una herida cuando la punta negra de una espada atravesó su leñosa defensa y logró penetrar media pulgada en la cota de malla que protegía sus costillas antes de partirse, pero pese a todo el socorro no había podido ser más providencial. Pese a la resistencia característica de los enanos, Thráin y sus acompañantes no pudieron evitar apoyarse agotados en los mangos de sus armas mientras un cirujano de campaña, que había formado parte de la hueste de Thorin, comenzaba a tratarlos.

No era el rey enano, sin embargo, alguien que dejara que unas simples heridas lo distrajeran de sus obligaciones. Apoyó la diestra en el hombro de Thorin, tanto por pura necesidad como a modo de reconocimiento, y le preguntó:

—¿Cómo va la batalla?

—No lo sé, padre —respondió este—. Nos han infligido graves pérdidas, pero creo que ya hemos recuperado la iniciativa en este frente. Del resto, nada sé.

—Envía exploradores. Necesitamos tener una visión de conjunto sobre cómo evoluciona la lucha.

—Sí, padre. —Thorin se entretuvo unos instantes antes de cumplir la orden; miró a Thráin, titubeó y finalmente alcanzó a decir—: Frerin...

Thráin no necesitó más. Asintió, reconociendo la información tácita que Thorin no había llegado a transmitirle, pero no ofreció otra muestra de haberse dado por enterado de la muerte de su hijo menor. El tiempo para el duelo aún estaba por llegar; se

situaba, por el momento, del otro lado de la frontera que determinaría el resultado de la batalla en curso, ya fuera esta favorable o adversa para los hijos del Hacedor.

Cuando Thorin los abandonó para organizar la recolección de información, Balin se aproximó a Thráin y exhibiendo un gran respeto lo interrogó:

—Mi señor, la última vez que lo vi mi padre luchaba a vuestro lado, ¿sabéis por ventura de su suerte?

Thráin clavó en el joven su único ojo funcional, negó lentamente con la cabeza y luego dejó traslucir la emoción que no se había permitido manifestar para con su vástago golpeando suavemente a su sobrino en el hombro. Balin asintió y, siguiendo el ejemplo de su rey, se tragó las lágrimas que amenazaban con brotar incontrolables de su interior. Permaneció inmóvil unos instantes, recomponiendo su temple, y a continuación se reintegró a la lucha, aunque una fría determinación adulta había venido a sustituir, ya de forma definitiva, la emoción juvenil con que había saludado el día.

Poco a poco, los informes del campo de batalla empezaron a llegar al puesto de mando improvisado, aunque lejos de clarificar la cuestión de quién iba ganando, pintaron un confuso tapiz de encontronazos, repliegues, victorias efímeras, desastres y matanzas por ambos bandos. Todo el valle de Azanulbizar parecía haberse convertido en una inmensa palestra, sobre la que orcos y enanos se estaban destrozando mutuamente, y no era de descartar que al final del día ya no quedara en pie ningún guerrero de cualquiera de los bandos.

Thráin, Thorin y un escogido grupo de consejeros estaban estudiando la situación, intentando hallar la estrategia para romper a su favor el equilibrio, cuando llegó a la carrera un enano, uno de los exploradores que el joven líder había enviado a la entrada del valle, con la remota esperanza de que el contingente de las Colinas de Hierro hubiera apretado el paso durante la noche y pudiera llegar a tiempo de auxiliarlos.

Para variar, en un día que se estaba probando aciago para los intereses de los khazâd, las noticias parecían positivas, porque el explorador gritaba:

—¡Náin! ¡Náin! ¡Los guerreros de las Colinas de Hierro han llegado y están abriéndose paso por el valle sin encontrar oposición!

—¡Es la oportunidad que aguardábamos! —exclamó Thráin—. Rápido, unámonos a ellos. No hay que conceder respiro al enemigo. ¡Martilleémoslos contra el yunque de Khazad-dûm!

Sin embargo, cuando trató de ponerse en pie para reincorporarse a la lucha, la pierna herida le falló, y hubiera caído al suelo de no haber sido por la presteza de su hijo en darle apoyo.

—¡Maldita sea! —gruñó—. En estas condiciones sería más un estorbo que una ayuda en las pendientes del Zirak-Zigil. Thorin, reúne tú a los guerreros que se encuentren en mejores condiciones y súmate a las fuerzas de tu tío; pero recuerda, él tiene el mando. El esfuerzo que deben de haber realizado para alcanzar a auxiliarnos en esta hora oscura no ha de quedar sin recompensa. El resto de nosotros nos aseguraremos de que ningún enemigo os hostigue por la espalda.

Thorin asintió, dejó a su padre al cuidado de los cirujanos y rápidamente reunió a su alrededor unos trescientos guerreros, que eran todos los del pueblo de Durin que seguían en condiciones de plantar batalla. Juntos, se dirigieron al encuentro del millar de parientes de las Colinas de Hierro, que prácticamente sin oposición, pues se encontraban relativamente más frescos que las tropas que habían estado peleando toda la mañana, se estaban abriendo camino hacia las puertas de Khazad-dûm a golpe de los temibles picos de guerra por los que eran famosos.

Balin, de nuevo a su lado, se fijó en que aún aferraba en su mano izquierda la tranca semicarbonizada que había estado empleando como defensa y arma auxiliar. Llamó su atención y la miró significativamente, mientras le sugería:

—¿Por qué no cambias ese palo quemado por un escudo de verdad?

Thorin se fijó con expresión inicial de desconcierto en la rama que no había llegado a soltar en ningún momento. Luego negó con la cabeza y contestó:

—Ya me he acostumbrado a este escudo de roble. Ahora mismo no sabría luchar de otro modo.

Balin se encogió de hombros y siguió andando, dando por zanjada la cuestión. Por detrás de ellos, sin embargo, otros enanos se iban pasando entre sí la conversación que habían alcanzado a escuchar, entre susurros de diversión, pero preñados también con un deje de recién descubierto respeto.

La reunión distó de ser lo alegre que se espera entre parientes. Thorin y los suyos llegaron antes al arranque del camino que conducía a las grandes puertas de Khazad-dûm, pero como le había instruido Thráin, aguardó respetuosamente la llegada de Náin y el resto del contingente de las Colinas de Hierro.

Cuando lo tuvo frente a sí, Thorin saludó a su tío con una inclinación de cabeza, en reconocimiento implícito a su autoridad. Náin, que había fruncido el ceño ante la aparición de unos guerreros que podían constituir tanto una ayuda inestimable como una fuente de conflicto innecesaria, asintió e invitó con un gesto a los barbiluengos a que se sumaran a su flanco derecho, donde la hueste de las Colinas de Hierro, con quienes les unían estrechos lazos de sangre y amistad, les hizo sitio. Cuando Thorin se disponía a acompañarlos, sin embargo, Náin lo llamó por su nombre y lo invitó a unírsele en vanguardia.

—Has crecido desde la última vez que te vi —le dijo cuando ya se encontraba cerca.

Confuso ante esta muestra de respeto, Thorin solo alcanzó a farfullar un viejo dicho enano:

—La guerra te estira de las barbas, hasta que crecen o las arranca.

Pese a lo tópico de su respuesta, Náin no pareció decepcionado. Hay una verdad enterrada muy profundo en las frases hechas, que les confiere relevancia renovada en las circunstancias apropiadas.

—¿Thráin? —preguntó.

—Vivo y fuera de peligro, pero imposibilitado de unirse a la lucha. Se ha quedado junto al Kheled-zâram, para proteger nuestro flanco de cualquier posible ataque. Otros, me temo, no han sido tan afortunados. En la lucha de hoy ha caído mi hermano Frerin, y vuestro primo Fundin, y muchos otros de nuestro Pueblo y de los pueblos hermanos.

—Azog pagará por la sangre derramada —le aseguró, o tal vez se reafirmó, Náin.

Tras este breve intercambio, Thorin ocupó un lugar de honor a espaldas del señor de las Colinas de Hierro, junto a un enano muy joven al que al principio no reconoció. Luego, escamado por su sonrisa, lo miró mejor y preguntó con incredulidad:

—¿Dáin?

—En carne y hueso, primo.

—¡Clavos y herrajes! La última vez que te vi todavía no tenías ni sombra de barba. —Al cabo de unos instantes se corrigió—: Tampoco es que ahora sea muy tupida...

—¡Lo bastante tupida para matar orcos!

Thorin tuvo que reírse casi a su pesar. Solo le llevaba un par de décadas a Dáin, y de haberse encontrado apenas un día antes tal vez no hubiera visto al nieto del hermano de Thrór tan imposiblemente joven. Mucho había ocurrido en una mañana, y mucho, tal vez, tendría que acontecer antes de que pudieran dar por cerrada la jornada. En lo más hondo de su corazón deseaba que Dáin conservara para entonces intacta su inocencia, pero un humor taciturno se había adueñado de su ánimo y la sonrisa que le devolvió no llegaba a extenderse por encima de sus bigotes.

La comitiva llegó a las inmediaciones de Khazad-dûm sin mayores contratiempos. La lucha proseguía a lo largo y ancho de Azanulbizar, pero el paso arrollador del contingente de las Colinas de Hierro había actuado como el filo de un hacha asestando el golpe de gracia a un árbol. A derecha e izquierda los enfrentamientos que habían estado igualados se iban decantando cada vez más claramente a favor de los enanos de las siete casas, reforzados por pelotones de barbiluengos que se habían ido separando del cuerpo principal, y ya eran abundantes los grupúsculos de orcos que arrojaban las armas al suelo y confiaban a las piernas la salvación de sus vidas.

En esas que Náin se detuvo antes las Puertas, con una escolta de los suyos todavía muy considerable a sus espaldas, y gritó en muy alta voz:

—¡Azog! ¡Si estás dentro sal fuera! ¿O acaso el juego en el valle te parece demasiado rudo?

Por segunda vez en aquel día los grandes batientes giraron entre chirridos, y de las oscuridad del interior de Khazad-dûm emergió un gran orco, con una cabeza enorme guarnecida de hierro, y no obstante ágil y fuerte. Lo acompañaban muchos que se le parecían, los soldados de su guardia, que se abrieron a los lados para hacer frente a los enanos que se les oponían.

Azog, pues de él se trataba, se dirigió entonces a Náin, y dijo:

—¿Cómo? ¿Otro mendigo a mi puerta? ¿Tengo que marcarte también a ti?

Ciego de ira, Náin se abalanzó contra Azog, al tiempo que la lucha se generalizaba entre los dos séquitos. El enano era un luchador veterano, pero se había pasado toda la noche marchando a paso vivo para alcanzar a tiempo el campo de batalla, e incluso entonces había tenido que abrirse paso hasta allí a fuerza de pico. Azog, por su parte, estaba descansado, pues se había guardado de participar hasta el momento en la contienda, y era feroz, y muy astuto.

Al principio se contentaron con probarse mutuamente, antes de pasar a golpes con más intención, y fue entonces cuando se hizo clara la estrategia del orco, pues lejos de buscar el cuerpo a cuerpo, se zafaba con ligereza, ganando tiempo mientras las fuerzas de Náin se consumían. Desesperado por concluir rápidamente con la pelea, el enano lanzó un golpe con todas las fuerzas que aún le quedaban, pero Azog se hizo a un lado y aprovechó para lanzar una patada contra la pierna adelantada de su enemigo, de suerte que el pico de guerra golpeó contra la piedra justo donde instantes antes se había alzado el orco y se astilló, al tiempo que el propio Náin caía de bruces.

Atento a la ocasión, Azog giró sobre sí mismo y dirigió el filo de su arma contra el cuello de Náin, que vestía cota de malla completa; y aunque los anillos de acero resistieron el impacto sin abrirse, fue tal la fuerza que logró imprimir a su golpe que el cuello del enano se quebró, y un nuevo miembro de la casa de Durin rindió su vida a los pies del trasgo.

Entonces Azog rio, y levantó la cabeza para lanzar un gran grito de triunfo, pero el grito se le murió en la garganta, porque desde aquella posición privilegiada a la cabecera del valle pudo ver cómo se desbandaba todo su ejército; y cómo los enanos, cegados por el afán de venganza, se ensañaban con los vencidos, matando a diestro y siniestro a tantos como podían alcanzar en su huida hacia el sur; pues debido a la

presencia de Thráin y sus menguadas pero todavía aguerridas tropas en los terrenos que circundaban el Kheled-zâram, no había hacia el norte otra escapatoria que la muerte.

Incluso a su alrededor menguaba el sonido de lucha, ya que uno a uno habían ido cayendo los orcos de su guardia personal, puesto que no importaba a cuántos enanos mataran o hirieran, siempre había dos más para ocupar el lugar del caído. Lanzó pues una mirada de profundo odio a su alrededor, se agazapó como si fuera a saltar hacia delante, pero en vez de eso se dio la vuelta y corrió escaleras arriba, buscando el oscuro refugio del interior de la montaña.

Este movimiento pilló por sorpresa a los enanos, que se habían aprestado para no ceder terreno y derribarlo en cuanto se abalanzara sobre ellos; y hubiera podido alcanzar perfectamente la salvación, pues sus piernas eran largas y fuertes, de no ser porque tras él saltó un enano, enarbolando un hacha tinta en sangre y con el brillo de la cólera en los ojos.

Al escuchar el ruido de la persecución, Azog se volvió casi en el umbral mismo de Khazad-dûm y se enfrentó a su enemigo, que era un enano joven y sin duda inexperto. Pensó que le sería fácil acabar con él y escabullirse luego en las sombras, pues no en vano acababa de derrotar al líder de aquel ejército que había respondido al desafío que había arrojado contra ellos nueve años atrás, pero la agilidad del enano lo sorprendió.

Sin permitirse perder un ápice de velocidad, Dáin, pues de él se trataba, se agachó para esquivar el tajo propinado por Azog y lanzó a su vez un golpe contra la acorazada rodilla derecha del orco destrozándose la, pero sin llegar a cortar piel. Llevado por el impulso, giró a su alrededor y clavó su arma en la expuesta corva izquierda del trasgo, y una vez lo tuvo postrado y aullando de dolor, lo decapitó de un único y poderoso hachazo.

Los mismos enanos que se habían quedado paralizados ante la huida de Azog, prorrumpieron ahora en vítores, celebrando tanto la derrota de su enemigo como la hazaña del que era ahora su joven rey. El receptor de este homenaje, sin embargo, no mostraba signos de satisfacción. Se encontraba, de hecho, como paralizado, con la vista clavada en la oscuridad que parecía surgir de Khazad-dûm y ensombrecer aún más el pálido día.

Thorin fue de los primeros en llegar a su lado. Apoyó una mano en su hombro, ante lo que Dáin dio un pequeño respingo y pareció salir del trance en que se encontraba. Se giró y todos pudieron ver que su faz estaba cenicienta. Sin pararse a recibir felicitaciones ni hablar siquiera con nadie, descendió pesadamente los escalones que había subido a la carrera, encaminándose hacia donde ya recogían el cuerpo de Náin; el primer cadáver de los muchos de los que se iban a tener que ocupar.

Antes, sin embargo, se reunieron todos los enanos supervivientes en Azanulbizar, y allí pudieron constatar que entre muertos y heridos de tanta gravedad que difícilmente pasarían de la noche habían perdido la mitad de sus tropas. No hubo pues ánimo para celebrar una victoria que había resultado tan costosa. Se limitaron a recuperar la cabeza de Azog y embutirle en la boca la bolsa de monedas que había arrojado a Nár como pago por difundir la noticia de la muerte de Thrór. Se estuvo hablando también de marcar su frente con runas, pero no hubo acuerdo sobre el nombre que debía grabarse, así que finalmente se limitaron a clavar la cabeza en una pica.

Al amanecer del día siguiente, Thráin se presentó ante el Consejo de las Casas, compuesto ahora por no pocas caras nuevas. Él mismo representaba un reflejo distorsionado del rey orgulloso que había sido apenas una jornada antes, con un ojo cegado ya para siempre y una cojera que nunca iba a desaparecer del todo. Sus palabras,

sin embargo, pusieron de manifiesto que la adversidad no había logrado sofocar por completo su arrogancia, pues lo primero que les dijo fue:

—¡Bien! Obtuvimos la victoria. ¡Khazad-dûm es nuestra!

Durante un rato, nadie se atrevió a alzar la vista para contestarle, hasta que Swíur, que ahora lideraba a los Barbas de Fuego en sustitución de Sudri, le espetó:

—Puede que seas el heredero de Durin, pero aun con un solo ojo tendrías que ver más claro.

Por todo el círculo los consejeros asintieron. A continuación se puso en pie otro enano y, dirigiéndose a sus iguales antes que a Thráin, declaró:

—Libramos esta batalla por venganza y venganza nos hemos cobrado, aunque no tiene nada de dulce. Nuestras manos son demasiado pequeñas y la victoria se nos escapa si es que esto es una victoria.

—¿Qué es Khazad-dûm para nosotros? —inquirió un tercero—. No fue la casa de nuestros padres, y escasa recompensa conjeturo para que nos arriesguemos a adentrarnos incautos en sus profundidades. Hace mucho que faltamos de casa, Thráin, y con el honor de los khazâd restaurado, cuanto antes volvamos a nuestras propias tierras, mejor.

En esta ocasión las muestras de conformidad fueron todavía más manifiestas. La gran alianza de los Siete Pueblos estaba rota, y tal vez no volverían ya a juntarse para un propósito común salvo en el final de los tiempos, cuando Mahal el Hacedor los llamara de nuevo al sueño.

Thráin, que había asistido al devenir de la conversación con creciente irritación, estalló. Se encaró con los consejeros y les gritó. Los acusó de no sentir respeto por Thrór, de pusilánimes, de rendirse a las puertas de la victoria; pero con todo ello solo logró reafirmarlos en su decisión. Los rostros se fueron endureciendo, alguna mano

llegó a crispase en torno al cinturón o incluso sobre el mango de un hacha. Las viejas rencillas, que habían quedado sepultadas por la vergüenza racial ante el trato dispensado al patriarca, volvían a aflorar, y con ellas las sospechas, las envidias y el distanciamiento.

Al final, incluso Thráin, en medio de su obsesión, alcanzó a percibir todo esto. Quizás por ello se volvió hacia Dáin, en un último y desesperado ruego:

—Seguramente no ha de abandonarme mi propio pueblo.

—No —contestó Dáin—. Tú eres el padre de nuestro Pueblo, y hemos sangrado por ti, y sangraríamos otra vez. —En ese punto Dáin se detuvo y lanzó una rápida mirada en dirección a las Puertas; en sus ojos asomó fugazmente un espanto tanto más impactante por cuanto surgía de un enano de más que probada bazarria—. Pero no entraremos en Khazad-dûm —prosiguió—. Tú no entrarás en Khazad-dûm. Solo he mirado a través de las Puertas, y aunque no alcancé a vislumbrar nada concreto, el corazón comenzó a retumbarme en el pecho como un tambor que batiera desde las profundidades de un abismo sin fondo. Más allá de la sombra te espera todavía el Daño de Durin, comparando con el cual Azog no era sino un insecto. El mundo ha de cambiar y algún otro poder que no es el nuestro ha de acudir antes de que el Pueblo de Durin llegue a medrar en Moria otra vez.

Con esas palabras quedaron destruidas las últimas esperanzas de Thráin, que agachó los hombros y aceptó la derrota, y ya no volvió a hablar ante el consejo, dejando la tarea de coordinación con las otras casas en manos de su hijo. Así, fue Thorin quien tuvo que decidir, junto con el resto de líderes, qué hacer con los muertos de aquel día. La tradición dictaba que debían construir sepulcros de piedra, pero había miles de cuerpos desperdigados por todo Azanulbizar, y una tarea de tal envergadura les llevaría

años, a la vista, además, de las Puertas de Moria, que todos contemplaban ahora con aprensión tras las palabras de Dáin.

Al final, optaron por incinerarlos, para evitar que las bestias o los orcos profanaran sus cuerpos, y aun más, antes los despojaron de armas y armaduras, porque tenían muy presente la imagen del ejército personal de Azog y no deseaban volver a verse obligados a pelear contra orcos revestidos de acero enano. Con tal propósito, talaron todos los árboles de Azanulbizar y construyeron varias piras, y el humo que se alzó de ellas pudo verse a muchas leguas a la redonda. Así desapareció el bosquecillo de robles adonde habían sido empujados Thráin y los suyos y donde Thorin se había hecho con la tranca que había utilizado como escudo.

Aunque habían quemado a sus muertos juntos, las distintas casas partieron hacia sus hogares por separado. Primero se marcharon los Pies de Piedra, que ya habían representado el contingente más reducido antes de la batalla y habían quedado prácticamente aniquilados tras esta. Los siguieron los Barbatiesas, los Puños de Hierro y los Morenos, y ya por último los dos grupos más numerosos, los Nalgudos y los Barbas de Fuego, y resultó significativo que pese a que ambos tenían que atravesar el Paso del Barazinbar para regresar a sus tierras decidieran hacerlo formando dos columnas independientes.

Por último, solo quedaron en Azanulbizar los Barbiluengos de la casa de Durin, y Thráin seguía encerrado en sí mismo, así que fue Thorin quien acudió a despedir a Dáin y al resto de enanos de las Colinas de Hierro.

—Adiós, primo —dijo, tomando a Dáin por los antebrazos—. Que tu barba crezca larga y frondosa y que tu pueblo prospere. Nunca olvidaré lo que hicisteis por nosotros y el precio tan alto que habéis pagado por ello. La Casa de Durin ya no es lo que una vez fue, pero mientras viva puedes contar con tanta ayuda como esté en mi

mano proporcionarte, y aun así difícilmente podré pagar la deuda que he contraído contigo.

—Las deudas son para extraños —contestó Dáin—. Nosotros somos familia. Si alguna vez nos necesitas, los barbiluengos de las Colinas de Hierro volverán a estar ahí para servirte, y por lo que he tenido ocasión de apreciar en estas escasas horas, más honor obtendremos con ello del que aquí se ha ganado.

Thorin giró la cabeza para observar a su padre, que se erguía frente a los restos todavía humeantes de las últimas piras, con la mirada perdida en la distancia, contemplando quién podía saber si el futuro o el pasado, o tal vez una gesta soñada que ya nunca se cumpliría.

—Ha sufrido mucho. Primero perdió Erebor, y ahora en el día de su victoria, ha perdido la oportunidad de recuperar un hogar del que fuimos expulsados hace mucho. Parece como si estuviéramos condenados a vagar por siempre de un lado para otro, sin lograr asentar nunca raíces.

—Eso es porque está obsesionado con que sean raíces áureas, cuando el hierro es un metal igual de efectivo, y en muchos aspectos más apropiado.

Las palabras de Dáin dejaron a Thorin reflexivo. Veía sabiduría en ellas, pero al mismo tiempo comprendía a su padre. El hierro podía darte cierta prosperidad, pero solo el oro llamaba al oro, y solo el oro proporcionaba auténtico poder.

Esperó por respeto hasta que el contingente de las Colinas de Hierro se hubo alejado fuera del alcance de la voz para regresar con Thráin. De camino se encontró con Balin, que estaba departiendo con su primo, el jovencísimo Glóin. Thorin no sabía en qué había estado pensando Gróin cuando se lo había traído consigo a Azanulbizar, pero allí estaba, vivo, cuando tantos otros guerreros veteranos habían muerto.

Se acercó a la pareja y, al oírlo llegar, ambos levantaron la vista y guardaron silencio. Los ojos de Glóin relucían con una mal disimulada admiración que, ahora que la había conquistado, ponía nervioso a Thorin, pues implicaba una serie de obligaciones en las que no había pensado con anterioridad. Para librarse de la incomodidad, se apresuró a ordenar a Balin:

—Ya solo quedamos nosotros. Ve a decirle a los demás que se preparen. Me gustaría estar ya lejos cuando se ponga el sol.

—¿Y dónde iremos después de reunirnos con nuestras familias? ¿Qué será de nosotros?

—No lo sé —reconoció Thorin—. Thráin decidirá.

Balin se volvió para cumplir el encargo, pero después de haber dado solo dos pasos se detuvo y empezó a hablar, sin volverse, con el tono absolutamente plano del que se limita a constatar un hecho.

—Hoy nos vamos, pero algún día volveré. Entraré en Khazad-dûm y cumpliré el sueño de mi padre; y si para ello he de enfrentarme al Daño de Durin, si es que aún mora en sus profundidades, que así sea.

Thorin no supo qué contestar, y de hecho Balin no esperaba contestación, porque al momento reemprendió la marcha, avanzando tan rápido que Glóin tuvo que correr para darle alcance. En cualquier caso, eso sería una preocupación para el futuro. Resultaba más acuciante hablar con Thráin y decidir un nuevo curso de acción, ahora que la consumación de su venganza los había dejado sin objetivo.

Encontró al rey mirando fijamente con su único ojo sano los despojos de Azog, que ya habían empezado a pudrirse y olían mal. Se plantó a su lado en silencio, esperando a que Thráin hablara primero, y esto fue lo que le dijo al cabo de un rato:

—Algunos pensarán que esta cabeza se pagó cara. Cuando menos, hemos dado nuestro reino por ella.

Thorin miró a su padre sin contestar nada. Thráin permanecía casi por completo inmóvil, aunque su mano derecha jugueteaba nerviosa con algo que colgaba de su cuello y escondía bajo la camisa. Ignoraba qué podía ser, pero ya se había percatado de que realizaba ese mismo gesto a menudo durante la reunión del consejo. Antes de que pudiera seguir elucubrando sobre el particular, Thráin le interpeló.

—¿Ya ha huido ese cobarde de Dáin con el rabo entre las piernas? He oído que empiezan a llamarlo Pie de Hierro... ¡Ja! ¡Pies Ligeros sería más apropiado!

—Nuestros parientes de las Colinas de Hierro arriesgaron mucho por nosotros, y han pagado por ello un alto precio. No podría exigirles más.

Thráin gruñó. En el fondo sabía que Thorin tenía razón. Tan solo estaba haciendo las paces con la idea de la muerte de sus esperanzas. De repente, parecía mucho mayor que los ciento cincuenta y cinco años que tenía. El peso de la Casa de Durin descansaba sobre sus hombros. Había llegado el momento de olvidar sueños de grandeza y concentrarse en apuntalar los maltrechos cimientos del Pueblo.

Thorin percibió el devenir de los pensamientos de su padre en el cambio en su postura, que se volvió al mismo tiempo más tensa y más relajada que antes. Notó también que la diestra se separaba, tras un levísimo titubeo de lo que quiera que ocultara bajo la ropa. Ante la nueva situación, creyó apropiado iniciar una conversación más distendida:

—Así que Pie de Hierro...

—Ya ves, hijo, hay quien opina que correr más que un orco cobarde es algo digno de un sobrenombre. —Thráin se volvió hacia Thorin y sonrió; una sonrisa sin excesiva alegría, pero sonrisa al fin y al cabo—. Otros, sin embargo, piensan que perder

el escudo y sustituirlo por un palo merece igual honor. ¿Qué opinión le merecen estos, maese Escudo de Roble?

Thorin se quedó sin palabras. ¿Escudo de Roble? ¿Thorin Escudo de Roble? Lo pensó unos instantes y no pudo evitar que una sonrisa se insinuara en sus labios.

Thráin volvió a ponerse serio, pues había asuntos importantes que tratar.

—Bien, ya tienes el reconocimiento que buscabas. ¿Ahora qué? ¿Volverás conmigo al yunque? ¿O mendigarás tu pan en puertas orgullosas?

Thorin lo meditó cuidadosamente. En algo se equivocaba su padre. Es posible que ahora disfrutara de reconocimiento, pero no era desde luego lo que pensaba cuando lo buscaba. Al cabo de un rato respondió, del único modo en que podía hacerlo un heredero de la Casa de Durin.

—Al yunque. El martillo por lo menos mantendrá los brazos fuertes hasta que puedan blandir otra vez instrumentos más afilados.

Thráin asintió complacido. Juntos dieron la espalda a la cabeza cercenada de Azog, a las piras donde habían ardido tantos y tantos enanos y, sobre todo, a las puertas tenebrosas e incitantes de Khazad-dûm, y fueron a reunirse con lo que quedaba de su Pueblo, para liderarlos hacia una nueva vida, a la espera de que quizás, algún día, se presentara la oportunidad de recuperar todo lo que una vez había sido suyo.